

DISCURSOS

DISCURSO DEL RECTOR DR. JAIME A VIÑAS ROMAN, CON OCASION DE LA APERTURA DEL AÑO ACADEMICO 1985-86 EN LA UNPHU

Siempre que el día de apertura de un año académico nos reúne, necesariamente nos acordamos, una y otra vez, de la cualidad dinámica de nuestra tarea educadora, dentro de la sociedad que nos la ha encomendado y ante la cual hemos asumido un compromiso que, para muchos de nosotros ha sido para toda la vida. El inicio de un nuevo año regular universitario es precisamente eso, la renovación de un ciclo reiterado sucesivamente y que, por serlo, supone un movimiento continuo y una interacción cuyo significado es más profundo y vital de lo que a veces se aprecia.

Ver rostros nuevos entrar en nuestras aulas es caer en la cuenta de que no se detiene ese proceso de renovación en el cual una generación va gradualmente tomando su lugar tras la inmediatamente anterior, pero de una forma tan natural que apenas se percibe en un momento específico de la vida cotidiana, que es lo mismo que ocurre en los misteriosos y fascinantes proce-

sos de la naturaleza toda. Ante ese flujo ininterrumpido de cambios y relevos, la trascendencia de nuestra misión como educadores se nos presenta con énfasis abrumador. Se trata de que no terminamos nunca, y no podemos terminar, porque siempre está ante nuestros ojos un relevo nuevo de juventud que espera, y necesita recibir ese bagaje indispensable para poder integrarse exitosamente en su sociedad, que nosotros llamamos educación.

Cuando esto se reflexiona en toda la extensión de sus connotaciones y consecuencias, no es extraño que llegue a atemorizar y a sobrecoger, por la magnitud de sus exigencias. Saber que aquéllos que en un futuro muy cercano tendrán en sus manos la salud, la justicia, la educación, la organización política y social, la orientación a diversos niveles, el crecimiento tecnológico y económico, y el desarrollo humano y material en general de nuestro pueblo, es realmente saber algo que pone sobre nosotros una

responsabilidad imposible de medir en su totalidad.

Lo que nos hace ser un país, y un pueblo o nación, es precisamente ese equipaje de ideas, costumbres, conocimientos y técnicas, sustentadas en valores que a lo largo del tiempo nos han ido identificando con esas características, compartidas en mayor o menor grado, que nos definen como dominicanos. Cada nueva generación viene al mundo, en este aspecto, como libro en blanco y vacío, para ir gradualmente abriéndose a los rasgos que su convivencia con los demás irá imprimiendo en sus páginas. La Educación en general, tanto la primaria como la intermedia y superior, comparte esa tarea con todos los otros agentes de formación que el individuo va encontrando a su paso, desde aquellos de su íntimo entorno familiar y hogareño hasta los diferentes ambientes sociales en los cuales se mueve. Llegan ustedes, por tanto, esperando de nosotros precisamente ese complemento, que si es importante en sus vidas personales, mucho más importante debe serlo para nuestra sociedad.

Es que así vemos la Educación Superior. No desconocemos que, en nuestro mundo complejo y cambiante, la educación universitaria ha adquirido una motivación utilitaria, a nivel económico, que anima fundamentalmente a quienes la buscan. No la despreciamos precisamente, ya que esto sería contradecir ese objetivo humano, inscrito en nuestra mente universal desde nuestros orígenes, que nos lleva a buscar el propio bienestar y a

incrementarlo por todos los medios. Sin embargo, no podemos olvidar que la Educación que la sociedad nos facilita es un patrimonio que de ningún modo puede ser poseído para la exclusiva ganancia personal, sino que supone una deuda contraída que debe ser pagada.

No porque nuestros propios recursos económicos sean los que nos hayan sufragado una educación universitaria deja lo anterior de ser cierto. Hay que recordar que la Sociedad es un sistema donde cada uno de los elementos es interdependiente y, en consecuencia, todo lo que en la misma llegamos a alcanzar ha sido posible precisamente por nuestra integración en ese sistema. Por esta razón afirmo que vemos nuestra posición de educadores como una responsabilidad, ya que a esa Sociedad debemos devolver los individuos que recibimos en nuestras aulas, equipados con una formación científica y humanística adecuada para hacer a la nación la contribución exacta que de ellos se espera.

La responsabilidad, por tanto, es de los educadores y de los educandos, ya que difícilmente se puede conducir a alguien si ese alguien no quiere ir a donde se le quiere ayudar a llegar. De ahí que lo que importa no es tanto pasar por la Universidad durante dos, cuatro años, o cualquier otro período de tiempo, sino hacerlo con una calidad de esfuerzo y excelencia que se corresponda con esa responsabilidad. La calidad académica es, por esa razón, una exigencia social de la que ninguno tendría derecho

a eximirse. Es importante para cada uno de ustedes, durante su carrera universitaria. Pero lo es mucho más para ese futuro, bastante cercano, en el cual saldrán definitivamente a ese mundo externo que rodeará el ejercicio de sus diversas áreas profesionales.

El índice académico, de acuerdo con esto, no debe ser una meta de la vida estudiantil exclusivamente. Es algo que se va a reflejar, para siempre, en sus vidas futuras, a dondequiera que vayan. Para algunos será decisivo si desean y pueden más tarde emprender estudios de posgrado. Pero, para todos, la actividad post-graduada de su profesión y de su vida, reflejará igualmente ese índice o nivel de rendimiento y de logros en sus estudios.

En este punto, es bueno recordar que la educación universitaria sigue siendo todavía un privilegio en nuestro país. Venir a la Universidad para tirar al aire un privilegio de esta índole, como se desperdicia un entretenimiento cualquiera, sería la mayor de las injusticias. En este día inicial del año académico me parece oportuno recordarlo, sobre todo cuando nos encontramos atravesando una época difícil de nuestra historia nacional, en la cual el esfuerzo y la dedicación de todos es urgente para superarla con éxito.

No todo será tarea ardua en la UNPHU para ustedes, sin embargo, sabiendo que el ser humano es una armoniosa integración de cuerpo y espíritu, la Universidad ha ido gradualmente incrementando las oportunidades de que nuestros estudiantes encuentren un ambiente que favo-

rezca su estudio, a la vez que su sano cultivo del potencial físico y espiritual. Por esta razón, también con ocasión del inicio del año académico, deseo invitarles a que vean en la Universidad algo más que aulas de clase y tareas agotadoras. Actualmente tenemos facilidades deportivas que han alcanzado un desarrollo suficiente para diferentes actividades, y todavía nos encontramos en proceso de mejorarlas e incrementarlas. Nuestras excelentes canchas, nuestros instructores altamente profesionales, y las magníficas competencias deportivas en las cuales la UNPHU participa cada año y ha mantenido en todo momento posiciones destacadas, están abiertos para todos ustedes. Les exhorto a hacer uso de esa saludable manera de cultivar un aspecto sumamente importante en la vida humana, pero que lo es sobre todo en la juventud.

Adicionalmente a las actividades deportivas, nuestro Departamento de Actividades Artísticas ofrece un potencial semejante para favorecer el crecimiento de la personalidad humana, con un Coro UNPHU, Estudiantina, Grupo de música moderna, Grupos de bailes folklóricos y de teatro. Bajo una experta dirección, y a pesar del relativamente reciente inicio de su funcionamiento, es un departamento que ya ha trascendido a los ambientes artísticos del país mediante actividades de alta calidad.

Por otro lado, también nos encuentran ustedes en una activa fase de crecimiento físico. El hermoso edificio de nuestra Biblio-

teca Central, que ya levanta su perfil moderno y destacado en el centro del Recinto II, podrá estar concluido en el próximo año. Esperamos hacer de ella una institución a la altura de lo que se espera de una genuina biblioteca universitaria. Como podrán ir viendo más adelante, estará dotada de facilidades muy modernas y variadas, que responderán a los requerimientos académicos y facilitarán grandemente sus estudios. El progreso de este proyecto se irá desarrollando a vista de ustedes día a día, como lo esperamos, y será un signo más de nuestra profunda preocupación por sus estudios y por su bienestar conjuntamente.

Al darles la bienvenida a la UNPHU, no puedo dejar de mencionar al hombre cuyo nombre lleva nuestra institución con orgullo. Recientemente hemos conmemorado el Primer Centenario del nacimiento de Pedro Henríquez Ureña, el dominicano que logró levantarse hasta una estatura internacional, ante la cual se ha inclinado la América entera así como el mundo. Es precisamente la filosofía educadora de Don Pedro, así como sus principios humanísticos, lo que quisimos tomar como fundamento de la Universidad, desde su fundación hace ya casi veinte años completos. Quisiera pedirles que ese nombre no sea solamente un nombre más, para todos ustedes que han escogido a la UNPHU como su universidad. Recientemente el mundo entero se lanzó a un movimiento intenso de análisis sobre la obra y la persona de Pedro Henríquez

Ureña, la Organización de los Estados Americanos llamó a concurso universal sobre su obra, y figuras de renombre internacional escribieron páginas numerosas de su elogio, mientras en todos los países de América se celebraron simposios, seminarios, congresos y eventos diversos sobre el mismo tema. Me bastaría con suscitar hoy entre ustedes una curiosidad fundamental que les lleve a enterarse qué puede haber en la figura de un dominicano que levanta tal movimiento espontáneo, y a tales alturas. Si, al concluir ustedes su carrera en la UNPHU son capaces de entender esto plenamente, les aseguro que habrán adquirido una parte muy fundamental de su educación universitaria y de su preparación para la vida entera.

Este año estaremos conmemorando el 20o. aniversario de la fundación de la UNPHU, recordando aquellos inicios inolvidables del año 1966. Nos es grato acogerles, pues, cuando nos preparamos para una fiesta tan de familia, entre nosotros. Estaremos celebrando pronto una decisión que fue muy nueva en nuestro país y que, tras el breve lapso de veinte años, se presenta como lo que hoy están viendo en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña. De esta realidad, fruto de una idea novedosa y de un esfuerzo que llegó a ser heroico en sus inicios, han venido a formar parte. En nombre de toda la familia universitaria les doy la bienvenida.

Si algo les pido recordar de este día, será ante todo ese princi-

pio ineludible que nos anima día por día en nuestra tarea, y que bastaría para que, juntos, alcancemos todas nuestras metas: educar, y educarse, es una labor integradora en la cual tanto el maestro como el

discípulo son definitivamente autores. Sin uno de los dos, sin la dedicación continua de ambos, jamás se llega. Exitos y bienvenidos.

Muchas Gracias.